

EL CREUSOT

EL CREUSOT

El cielo es azul, azul del todo, resplandeciente de luz. El tren acaba de pasar por Montchanín. A lo lejos, ante nosotros, se levanta una nube negra, opaca, que parece levantarse del suelo, que oscurece el azul claro del día, una nube pesada, inmóvil. Es la humareda del Creusot. Al acercarse se empieza á ver. Cien chimeneas gigantescas lanzan bocanadas de humo; otras, menos altas y anhelantes, arrojan vapor; y todo aquello se mezcla, se extiende, se cierne, oculta el cielo, apaga el sol. Casi oscurece ahora. Polvillo de carbón ciega los ojos, mancha la piel, ensucia la ropa. Las casas son negras, como frotadas con hollín, el piso es negro, los cristales están empolvados de carbón. Un olor á chimenea, á alquitrán, á hulla, flota, contrae la

garganta, oprime el pecho, y á veces un acre sabor de hierro, de fragua, de metal candente, de abrasador inferno, corta la respiración, os hace levantar la vista en busca de aire puro, del aire sano del espacio inmenso; pero la nube densa y oscura se cierne en lo alto y el polvillo del carbón centellea junto á vosotros.

Es el Creusot.

Un ruido sordo y continuo hace temblar la tierra, un ruido formado de mil ruidos distintos, que de cuando en cuando interrumpe un golpe formidable, que estremece la ciudad entera.

Entremos en los talleres de los señores Schneider.

¡Qué maravilla! ¡Esto es el reino del Hierro donde reina Su Majestad el Fuego!

Por todas partes arde el fuego. Los inmensos edificios se alinean hasta donde alcanza la vista, altos como montañas y repletos de máquinas, dan vueltas, caen, suben, se cruzan, se agitan, resuelan, silban, chirrian, gruñen. Y todas trabajan fuego.

Aquí hay braseros, allí llamaradas, más lejos bloques de hierro candente que van, vienen, salen de los hornos, entran en los engranajes, vuelven á salir y entrar cien veces, cambiando de forma, siem-

pre rojos. Las máquinas voraces tragan aquel fuego deslumbrador, lo trituran, lo cortan, sierran, laminan, hilan y retuercen, hacen de él locomotoras, navíos, cañones, mil cosas diversas, finas como cincelados de artista, monstruosas como obra de cíclopes, complicadas, delicadas, brutales, poderosas.

Tratemos de ver y comprender.

Entramos, á la derecha, en una vasta galería donde funcionan cuatro enormes máquinas. Trabajan con lentitud, moviendo sus ruedas, sus pistones, sus engranajes. ¿Qué hacen? Dar aire á los altos hornos donde hierve el metal en fusión. Son los monstruosos pulmones de los hornos colosales que vamos á ver. Respiran y nada más. Hacen vivir y digerir á los monstruos.

Allí están las fraguas: son dos; en los extremos de otra galería, grandes como torres, barrigudas, rugientes y escupiendo tales chorros de llama, que á cien metros de distancia los ojos quedan cegados, quemada la piel, y se ahoga uno como en una estufa.

Diríase un volcán furioso. El fuego que sale por la boca es blanco, no puede mirarse y es proyectado con tal fuerza y ruido que no hay nada que pueda dar idea de ello.

Allí dentro hierve el acero, el acero Bessmer con el que se fabrica los carriles. Un hombre robusto, guapo, joven, serio, que lleva un sombrero de anchas alas, mira atentamente el espantoso soplo. Está sentado ante una rueda parecida al timón de los navíos, que á veces hace girar como hacen los pilotos. En seguida aumenta la cólera de la fragua, que lanza un huracán de llamas: es que el jefe fundidor ha aumentado la corriente de aire que la atraviesa.

Parecido á un capitán, el jefe toma á veces unos gemelos para fijarse en el color del fuego. Hace un ademán; se adelanta una vagoneta y arroja nuevos metales á la rugiente hoguera. El fundidor aprecia de nuevo los matices de las llamas furiosas, buscando indicaciones, y, de pronto, dando vuelta á otra rueda más pequeña, hace bascular la formidable cuba. Se vuelca lentamente lanzando hasta el techo un terrorífico haz de chispas; y vierte delicadamente, como un elefante que hiciera monerías, algunas gotas de un líquido llameante en un vaso de metal que se le acerca; luego vuelve rugiendo á su posición primera.

Un hombre se lleva aquel fuego salido de sus entrañas. Ahora es un lingote rojo que se coloca bajo

un martillo movido por vapor. El martillo hiere, aplasta, lamina en forma de hoja el metal ardiente que se enfría en agua. Unas pinzas lo cogen y lo rompen. El contramaestre examina el grano que da el corte antes de gritar: «¡Verted!»

De nuevo se vuelca la cuba y como un criado que llenara los vasos en torno de una mesa, vierte el líquido acero inflamado, que lleva en sus entrañas, en una serie de recipientes de metal que hay dispuestos en torno de ella.

Parece moverse de un modo natural, fácil, como si tuviera inteligencia. Pues para mover estas máquinas gigantescas, para hacerlas realizar su tarea, para hacerlas ir, venir, caer, levantarse, dar vueltas, basta tocar palancas no más recias que bastones, tocar unas chapitas parecidas á los botones de los timbres eléctricos. Una fuerza, un genio extraño parece cernerse sobre aquellos sorprendentes aparatos cuyos movimientos guía y facilita.

Salimos con la piel abrasada y congestionados los ojos.

Aquí hay dos torres de ladrillo, al aire libre, demasiado altas para caber bajo techado. Se desprende de ellas un calor insostenible. Un hombre armado de una palanca de hierro las golpea por la base,

hace caer una especie de costra, ahonda más. Pronto aparece una claridad, un punto reluciente. Dos golpes más y brota un torrente de fuego que sigue regueras abiertas en el suelo, va, viene, corre sin descanso. Es el hierro en fusión. Se ahoga uno ante aquel río pavoroso, se huye, se entra en los altos edificios donde se construyen las locomotoras y las grandes máquinas de los buques de guerra.

Ya no se ve nada, ya no se sabe nada; se pierde la cabeza. Aquello es un laberinto de manivelas, de ruedas, de correas, de engranajes en movimiento. A cada instante se pasa por delante de un monstruo que trabaja hierro candente ó frío. Aquí hay sierras que cortan planchas gruesas como el cuerpo; allí puntas que penetran en los bloques de hierro y los atraviesan como una aguja traspasa el paño; más allá otro aparato corta laminitas de acero como las tijeras cortan el papel. Todo aquello anda al mismo tiempo con movimientos distintos, reunión fantástica de monstruos maléficos y bramadores. Y en todos lados se ve fuego bajo los martillos, fuego en los hornos, fuego en todas partes, donde quiera fuego. Y de continuo un golpe formidable y regular que domina el estruendo de ruedas y calderas, de yunques y martillos, hace estremecer el suelo. Es el gran martinete del Creusot que trabaja.

Está en el extremo de un inmenso edificio que contiene diez ó doce más. Todos caen, de cuando en cuando, sobre un bloque incandescente que lanza una lluvia de chispas y se adelgaza poco á poco, se enrolla, toma una forma curva ó recta ó plana según la voluntad de los hombres.

El grande, pesa cien mil kilogramos y cae, como caería una montaña, sobre un bloque de acero candente, mayor aun que él. A cada choque brota un huracán de fuego y se ve disminuir el espesor del bloque que trabaja el monstruo.

Sube y baja sin cesar con facilidad graciosa, movido por un hombre que se apoya en una débil palanca; y recuerda esas fieras espantables que aparecen en los cuentos, domadas por tiernos niños.

Entramos en la galería de los laminadores y el espectáculo es más raro aun. Rojas serpientes corren por el suelo, unas finas como bramantes, otras gruesas como cables. Unas parecen lombrices larguísimas; otras boas pavorosas. Unas son alambres y railes las otras.

Unos hombres, con los ojos protegidos por una tela metálica, y con las manos, brazos y piernas cubiertos de cuero, echan en la boca de las máquinas el eterno trozo de hierro candente. La má-

quina lo coge, lo tira, lo alarga, tira más aun, lo arroja, lo vuelve á coger, cada vez lo adelgaza más. El hierro se retuerce como un reptil herido; parece luchar, pero cede, se alarga aún, se alarga siempre, de continuo vuelto á coger y arrojado por las mandíbulas de acero.

He aquí los rails. No pudiendo resistir, la roja masa, opaca y cuadrada de Bessemer se dilata bajo el esfuerzo de la máquina, y en algunos segundos se transforma en rail. Una sierra gigantesca lo corta en el punto preciso, y otros y otros siguen sin fin, sin que nada entorpezca ó detenga el formidable trabajo.

Salimos por fin, negros como fogoneros, extenuados, con la vista casi extinta. Y encima de nuestras cabezas se extiende la nube espesa de carbón y de humo, que sube hasta las alturas del cielo.

¡Oh! ¡Algunas flores, una pradera, un riachuelo y hierba donde tenderse sin pensar y sin otro ruido en torno que el murmullo del agua ó el canto del gallo, á lo lejos!

LA SILLERA

LA SILLERA

A León Hennique.

Terminaba la comida de apertura de caza que daba el marqués de Bertrans. Once cazadores, ocho señoras jóvenes y el médico del país estaban sentados alrededor de la mesa bien alumbrada, cubierta de frutos y flores.

Se habló de amor y prodújose una animada discusión, la discusión eterna, acerca de si es posible ó no amar muchas veces. Se citaron ejemplos de quienes sólo habían sentido un amor profundo, y otros de quienes amaron á menudo y con violencia. Los hombres, en general, aseguraban que el amor, como las enfermedades, puede herir muchas veces á un mismo individuo y herirle hasta aniquilarle si

halla algún obstáculo en su camino. Aun cuando tal manera de ver fuera cierta, las mujeres, fundándose más en la poesía que en la observación, afirmaban que el amor, el amor verdadero, no puede señorearse más que una vez de un sér humano, y que ese amor que cae como el rayo, una vez ha tocado un corazón, le deja de tal modo vacío, asolado, calcinado, que ningún otro sentimiento poderoso, ningún ensueño, puede germinar en él.

El marqués, que había amado mucho, combatía tal creencia.

—Yo les digo que se puede amar muchas veces y con toda el alma. Me citan ustedes el ejemplo de personas que se han suicidado por amor, como prueba de que no pueden sentir una segunda pasión. Les responderé que si no hubiesen cometido la tontería de suicidarse, lo cual les privaba de toda esperanza de recaída, se hubiesen curado; y hubiesen vuelto á empezar hasta su muerte natural. Sucede con los enamorados lo que con los borrachos. El que ha bebido beberá y amará el que ha amado. Es cuestión de temperamentos.

Se tomó por árbitro al doctor, antiguo médico parisién retirado al campo, y le rogaron que dijera su parecer.

Precisamente no tenía parecer fijo.

—Como decía el marqués, todo es cuestión de temperamentos. Pero sé de una pasión que duró cincuenta y cinco años sin un instante de tregua y que sólo acabó con la muerte.

La marquesa palmoteó alegremente.

—¡Eso es hermoso! ¡Qué bello es ser amado así! ¡Qué dicha, vivir cincuenta y cinco años envuelto en esa afección tierna y penetrante! ¡Cuán dichoso debió ser y cuánto debió bendecir la existencia el que fué amado así!

El médico sonrió.

—Electivamente, señora, no se engaña usted en un punto, el amado fué un hombre. Le conoce usted; es Choquet, el boticario del pueblo. La mujer era una sillera que quizá también recuerde usted; la vieja sillera que venía cada año á esta quinta. Voy á explicar el caso.

El entusiasmo de las mujeres se había disipado, y en sus rostros asomaba una mueca de asco, como si el amor no debieran sentirlo más que las personas distinguidas y elegantes, que son las únicas dignas de su interés.

El médico añadió:

—Hace tres meses fuí llamado al lecho de muerte

de esa pobre vieja. Llegó la víspera en el carricoche que le servía de casa, arrastrado por el rocín, y acompañada de los dos perrazos negros que eran sus amigos y guardianes. El cura estaba ya allí. No nombró sus albaceas y para que comprendiésemos el por qué de sus últimas voluntades, nos explicó su historia. No conozco nada tan singular y doloroso.

Sus padres eran ya silleros. Jamás tuvo habitación con cimientos.

De niña corría ya el mundo harapienta, sucia, astrosa. Se detenían á la entrada de los pueblos, á lo largo de los fosos; se desenganchaba el caballo, que pastaba; dormía el perro tendido, y la niña se revolcaba por la hierba mientras sus padres remendaban, á la sombra de los viejos olmos del camino, todas las sillas de la aldea. Apenas se hablaba en aquella casa ambulante. Después de las pocas palabras necesarias para saber quien daría la vuelta por el pueblo lanzando el conocido grito: «¡Sillerooo!», poníanse á retorcer paja frente á frente ó uno al lado de otro. Cuando la niña se alejaba demasiado ó iba á entablar relaciones con algún arrapiezo del pueblo, resonaba la voz colérica del padre llamándola: «¿Quieres volver aquí, mocosa?» Estas eran las solas palabras de ternura que oía.

Cuando fué algo más talluda, la enviaron á recoger las sillas averiadas. Entonces, de cuando en cuando, pudo hablar con algunos muchachos; pero entonces eran los padres de sus nuevos amigos quienes gritaban: «¡A ver si vienes! ¿Quién te ha enseñado á hablar con los vagabundos?...»

Muy á menudo los chiquillos le tiraban piedras.

Una vez que unas señoras le dieron unos céntimos, los guardó cuidadosamente.

Un día, cuando tenía once años, pasando por este pueblo, halló detrás del cementerio á Choquet que lloraba porque otro chiquillo le había robado cinco céntimos. Aquellas lágrimas de un burguesito, de uno de esos seres que sus menguados sesos de desheredada le representaban siempre alegres y satisfechos, la trastornaron. Se acercó, y cuando supo la causa de sus lágrimas, le dió todas sus economías, treinta y cinco céntimos, que el muchacho aceptó como era natural, enjugándose los ojos. Entonces, loca de alegría, tuvo la audacia de besarlo. Como el arrapiezo miraba las monedas, no opuso resistencia, y ella al ver que no era rechazada, empezó otra vez y besó y abrazó con entusiasmo al chico y luego se alejó.

¿Qué pasó en aquella cabeza desdichada? ¿Amó

al chiquillo porque le diera su fortuna de vagabunda ó porque le dió su primer beso? Igual es el misterio para los humildes que para los poderosos.

Durante meses y meses soñó con aquel rincón de cementerio y con aquel galopín. Esperando volverle á ver, hurtó á sus padres, arañando cinco céntimos de aquí y de allá, bien del precio de los remiendos, bien del de los comestibles que le enviaban á comprar.

Cuando volvió había reunido dos francos; pero sólo pudo ver al pequeñuelo, muy limpio, detrás de las vidrieras de la farmacia, entre un bocal rojo y una tenia.

Aun le amó más, seducida, encantada, extasiada por aquella gloria de potingues y cristales.

Guardó de él un recuerdo imborrable, y cuando al año siguiente le encontró detrás de la escuela jugando á bolos con sus camaradas, se echó sobre él, le cogió por un brazo y le besó con tanta violencia que el niño se echó á chillar de miedo. Entonces, para calmarle, le dió tres francos veinte, un verdadero tesoro, que el arrapiezo miraba atontado.

Tomó el dinero y se dejó acariciar cuanto quiso la niña.

Durante cuatro años más le dió cuanto dinero

pudo reunir, dinero que embolsaba el muchacho concienzudamente á cambio de los besos consentidos. Una vez le dió franco y medio, otra vez dos, otra vez sesenta céntimos (lo cual la hizo llorar de humillación; pero el año había sido malo) y la última vez, cinco francos, una gran moneda reluciente que le hizo reír de gusto.

No pensaba más que en él, y el niño esperaba su vuelta con cierta impaciencia y corría á su encuentro, lo cual hacía latir el corazón de la sillera.

Luego desapareció. Estaba en un colegio. Lo supo interrogando hábilmente. Entonces, con diplomacia infinita, hizo variar el itinerario de sus padres para llegar aquí en la época de las vacaciones. Lo consiguió; pero después de un año de lucha. Había estado, pues, dos años sin verle; y apenas le reconoció porque había cambiado muchísimo. Era alto, tenía mejor aspecto con su túnica con botones dorados. Fingió no verla y pasó orgullosamente por su lado.

Lloró la infeliz durante dos días, y desde entonces padeció sin tregua.

Cada año volvía, pasaba por delante de él sin atreverse á saludarle y él no se dignaba mirarla siquiera. Le amaba desesperadamente. Me dijo: «Es

el único hombre que he visto sobre la tierra, señor médico; los demás no sé siquiera si existían.»

Murieron sus padres y ella continuó su oficio; pero tomó dos perros en vez de uno; dos terribles perros que nadie hubiera osado provocar.

Un día al volver á esta aldea donde quedaba su corazón, vió que una joven salía de la tienda de Chouquet dando el brazo á su ídolo. Era su mujer. Estaba casado.

Aquella misma noche se echó á la charca que hay en la plaza de la Alcaldía. Un borracho la salvó y la llevó á la farmacia. Chouquet bajó envuelto en una bata para darle auxilio y, sin parecer reconocerla la desnudó, la friccionó y luego le dijo con acento duro: «¿Está usted loca? ¡No hay que cometer tamañas tonterías!»

Esto bastó para curarla. ¡Le había hablado! Aquello la consoló por mucho tiempo.

Nada quiso cobrar por sus cuidados por más que ella insistía en pagar.

Y toda su vida transcurrió así. Remendaba las sillas pensando en Chouquet. Cada año le veía á través de las vidrieras. Había adquirido la costumbre de comprar en su casa una porción de drogas que para nada le hacían falta. Así le veía de cerca, le hablaba y aun podía darle dinero.

Como dije ya, ha muerto esta primavera. Después de contarme su triste historia, me rogó que entregase al que tan pacientemente amara, todas sus economías, pues sólo había trabajado para él, hasta ayunando—me dijo—para ahorrar y estar segura de que pensaría en ella, una vez por lo menos, cuando habría muerto.

Me dió dos mil trescientos veintisiete francos. Di los veintisiete al cura para el entierro y me llevé los demás cuando hubo cerrado los ojos para siempre.

Al día siguiente fuí á casa los Chouquet. Acababan de almorzar, uno en frente de otro, lucios y colorados, oliendo á drogas, envanecidos y satisfechos.

Me hicieron sentar, me ofrecieron un kirsch que acepté; y empecé mi discurso con acento conmovido, imaginándome que iban á llorar.

Apenas comprendió que le había amado aquella vagabunda, aquella sillera, Chouquet se indignó como si le hubiera robado su reputación; la estima de las gentes honradas, su honor íntimo, algo delicado que le fuera más caro que la vida.

Su esposa, exasperada también, exclamaba: «¡Miserable! ¡miserable! ¡miserable!...» sin acertar con otra palabra.

El boticario se había levantado y paseaba á largos pasos, derribado sobre una oreja el gorro griego. Balbuceaba: «¿Le parece á usted doctor? ¡Es horrible! ¿Qué voy á hacer? ¡Ahl Si lo hubiera sabido cuando vivía, la hago detener y encarcelar. ¡Le respondo que no sale de la cárcel!»

Yo estaba estupefacto del resultado de mi piadosa tentativa. No sabía qué decir ni qué hacer; pero debía completar mi cometido. Y añadí: «Me ha encargado que le entregue sus economías, que suben á dos mil trescientos francos. Pero como veo que este asunto le molesta tanto, quizá lo mejor, sería dar ese dinero á los pobres.»

Marido y mujer se miraron estupefactos.

Saqué el dinero del bolsillo; pobre dinero de todos los cuños y países, revueltas las monedas de oro con las de plata y pregunté: «¿Qué deciden ustedes?»

La señora Chouquet fué la primera en reponerse: «Puesto que fué la última voluntad de esa mujer... paréceme que no podemos rehusar.»

El marido, algo confuso, dijo: «Podríamos comprar algo para los niños.»

Yo dije en tono seco: «Como quieran.»

El boticario añadió: «Deme; ya hallaremos medio de emplear ese dinero en alguna buena obra.»

Entregué el dinero, saludé y salí.

Al día siguiente Chouquet vino á encontrarme y me dijo bruscamente: «Esa... esa mujer creo que ha dejado ahí su carricoche. ¿Qué piensa hacer usted de él?»

—Nada; quédesele si quiere.

—Sí; me viene de perilla; haré de él una barraca para la huerta.

Se iba. Le llamé: «Tenía también un jamelgo y dos perros, ¿los quiere usted?»

—No, no, ¿qué quiere usted que haga de ellos? Disponga usted lo que guste.

Y se reía. Me alargó la mano que yo estreché. ¿Qué le vamos á hacer? En un pueblo han de ser amigos boticario y médico.

Yo me quedé los perros. El párroco el caballo. El coche sirve de barraca á Chouquet. Con el dinero ha comprado cinco obligaciones de ferrocarriles.

Tal es el único amor profundo que he encontrado en mi vida.

Calló el médico.

La marquesa, á la que casi se le saltaban las lágrimas, suspiró: «Decididamente, sólo las mujeres saben amar.»